

Travesía Cívica: La democracia necesita demócratas

Carlos González Martínez

Invitado

Cierto, como bien nos indicó José Ortega y Gasset: “la salud de las democracias, cualesquiera que sean su tipo y su grado, depende de un mísero detalle técnico: el procedimiento electoral”. Ahora, bien podríamos agregar que para que ese procedimiento electoral, mísero pero fundamental detalle técnico, funcione adecuadamente se requiere de la también adecuada disposición de otro concepto clave, reiterado por Dieter Nohlen: el contexto. El contexto como factor determinante de la realización y vigencia del texto, como analizaremos en alguna otra ocasión. Seguidamente debe reconocerse que, en ese contexto determinante y determinante, la cultura tiene el rol fundamental, propiamente fundacional. La idea es simple: la democracia requiere de muchas cosas, pero sobre todo de un elemento sin el cual simple y llanamente no es viable, no es posible, no existe: las personas demócratas. Para decirlo en una nuez: la democracia necesita demócratas, gente que tenga la cultura y las competencias para echarla a andar, asegurarla, mantenerla, expandirla y nunca destruirla. Dicho de otro modo más simple y a la vez complejo, no tan complicado: ¿para qué querríamos bicicletas, si nouviésemos ciclistas?... ¿para qué votos, si no hay votantes?

La democracia necesita de procedimientos, leyes e instituciones. Eso es cierto. Y de muchas cosas más. Pero esas son razones necesarias, no suficientes. La verdadera razón necesaria y suficiente de la democracia es la existencia, expresión y vivencia de una cultura: la cultura cívica política democrática, que escrudinaremos también en algún otro embarque de nuestra travesía cívica. O sea, los símbolos, creencias, ideas, costumbres y pautas de conducta de personas que se comportan democráticamente y que garantizan una cosa también simple pero más complicada, aunque no tan compleja: que las leyes, los procedimientos y las instituciones de la democracia se cumplan y respeten y, con ello, funcionen. Si no tenemos ciclistas, ¿para qué sirven las bicicletas? ¿Y los votos, sin votantes? ¿Y las elecciones, sin electores? ¿Y la democracia, sin demócratas?

La democracia para los demócratas

La democracia es un invento, no un descubrimiento. Y no se inventó para el beneficio de las leyes o las instituciones, sino de las personas, que son las que, por cierto, las inventaron y las utilizan en ejercicio de sus derechos, de sus derechos democráticos de ciudadanía. Por eso, la democracia no es un invento abstracto para cosas abstractas, sino un invento concreto para personas concretas. Democracia de proximidad, le llamamos ahora.

Tampoco es un invento para cualquier tipo de personas (aunque cualquier tipo de personas se beneficien de ella) sino de las personas demócratas, o sea; de las personas ciudadanas dotadas y practicantes de una cultura cívica política democrática, cualidad cívica excelsa de las personas políticamente excelsas. Y aún siendo procedimientos, leyes e instituciones puras y duras son en realidad

instrumentos maleables de personas y colectivos maleables, sujetas a un comportamiento cultural en construcción y un estado de ánimo colectivo en deconstrucción permanente. Semilla y fruto a la vez del contexto que crean y donde se recrean.

Y ello es así porque, precisamente, es en el contexto donde finalmente se “somatiza”, muestra y demuestra, la salud ortegiana de las democracias (así, en plural; reconociendo sus distintos, en efecto, tipos y grados), tanto en sus aspectos orgánicos como dogmáticos. Como comentaremos en alguna próxima ocasión, ello es lo que realmente condiciona y, en su caso, garantiza o no la eficiente tecnicidad del procedimiento electoral, entre cuyos vericuetos se encuentra el ahora tan socorrido concepto de “integridad” y hasta las certificaciones ISO con que se pretender materializar y acreditar.

De allí que la eficiente operación de la estructura procedimental orgánica de la democracia dependa de que se encuentren o no las condiciones necesarias para funcionar correctamente y de que la carga axiológica dogmática, referida a valores y principios, esté depositada en un basamento cultural que la haga viable, real, tangible: sana y saludable. El contexto de Nohlen es indispensable para el detalle técnico de Ortega, tanto como éste para la salud de la democracia.

Las y los demócratas para y de la democracia

¿Y quienes son las personas demócratas ciclistas de la bicicleta democrática inventada por y para ellas? Son las que comportan cierto y muy definido desempeño. Las que rigen sus símbolos, creencias, ideas, costumbres y pautas de conducta, (es decir: su cultura) en básicamente cuatro valores y cinco principios que los operacionalizan, a saber: los valores de la libertad, igualdad, fraternidad y justicia, y; los principios de el pluralismo, la tolerancia, el diálogo, el consenso y la legalidad.

Son las personas que no van a registrar fórmulas de candidaturas con mujeres como propietarias sólo para cumplir el requisito de cuota de género y luego las hacen renunciar para que se sienten en la curul los hombres que les asignaron como suplentes, pero en forma supraordenada según los muy clásicos patrones heteropatriarcales, como ocurrió con el patético caso de las “juanitas”. Tampoco son los hombres que se van a disfrazar de mujeres transexuales para buscar su reelección cuando la norma constitucional ya obliga a la paridad horizontal en las candidaturas a presidencias municipales, como ocurrió en Oaxaca con el patológico caso de las falsas Muxe zapotecas.

Las personas que, en la realidad, le dan vida al detalle técnico del procedimiento electoral que, en su contexto, tonifica y da salud a la democracia honrando y poniendo en práctica los valores y principios de una cosa que se inventó para su uso y disfrute: la democracia.